

Qué quiere ser el Instituto E. Mounier

Instituto E. Mounier

1) Un ámbito de encuentro entre intelectuales, profesionales, estudiantes, trabajadores y gentes activas en general, con una memoria histórica y un común deseo transformador. Su memoria se remonta a la sociedad civil del 1789 libre, igual y fraterno; al 1860 de la Primera Asociación Internacional de Trabajadores; al 1932 de la fundación del Movimiento Espirit; al 1933 republicano y militante; a las colectivizaciones libertarias, federales y autogestionarias; al presente de los pueblos del Sur que se afanan por su liberación en torno al «lo tenían todo en común». Su deseo es una sociedad de adultos liberados del afán de posesión y tendentes a una sociedad personalista y comunitaria.

2) Apostamos por aquella sociedad que toma como prioritario el reparto del *trabajo*, aunque algunos ganen menos tras dicho reparto; a su vez, desde el irrenunciable «a cada cual según su trabajo», apuntamos hacia el «a cada cual según sus necesidades, de cada cual según sus capacidades».

El modo de producción *capitalista* no puede constituir, pues, nuestro espacio expresivo. Por la misma causa, la libertad

salvaje del *liberalismo mercantil* que arrasa con los más débiles tampoco nos sirve como modelo de sociedad. Si las dictaduras y las economías planificadas del comunismo totalitario han fracasado, esforcémonos por acercarnos racionalmente (no sólo por egoísmo racional de supervivencia, sino también por racionalidad cálida y amorosa) a un comunitarismo más verdadero, aunque no sepamos aún cómo hacerlo.

De igual modo, rechazamos el canto de sirena de las economías y de las filosofías liquidacionistas que con su «*fin de la historia*» nada quieren con la tradición obrera del siglo XIX. El mal del final del siglo XX sigue siendo el del siglo XIX: la escasa conversión del corazón, y la injusticia estructural. Por eso –hoy como ayer– «la revolución será espiritual o no será, será material o no será». Esto exigirá vivir de otro modo nosotros mismos como sujetos, y socialmente.

Los nuevos «movimientos sociales» emergentes no deben separarse de este trasfondo, ni darse por buenos meramente por estar de moda:

- El *ecologismo* resulta vital como espacio personalista y comunitario, ligado a la lucha anticapitalista, anticonsumista y

dignificadora de la persona, centro absoluto y cualitativamente distinto respecto de cualquier entorno, el cual ha de ser obviamente respetado por el ser humano.

- El *pacifismo* resulta vital como espacio personalista y comunitario, sin olvidar el trabajo contra las mediaciones estructurales que hacen imposible la paz.

- El *feminismo* resulta vital cuando defiende la dignidad de la persona, hombre y mujer. Defensa sólo posible, si todos hacemos nuestros los valores normalmente considerados femeninos como son la acogida, el don de sí y el desvelo por los demás. Toda sociedad que se quiera personalista y comunitaria se organiza social y políticamente sobre dichos valores.

- El *nacionalismo* resulta vital como espacio personalista y comunitario, sin defender nunca un nacionalismo o autonomismo de vía estrecha, insolidario, opuesto al internacionalismo, pues sigue siendo cierto que tenemos una «matria» común todos los humanos, y que esto se expresa en un federalismo solidario que trasvasa sus bienes según la ley de los vasos comunicantes.

En suma, nos interesa la democracia formal en la medida en que se encamine hacia la democracia social, la cual se expresa por el interés participativo.

3) Hoy más que nunca hemos de trabajar por rechazar razonadamente toda forma de Estado que no sea más que una concentración de poder en manos de partidos, de hecho una dictadura. El *Estado* sólo puede tener sentido para nosotros como el pueblo mismo organizado en un orden institucional que, a fin de ser verdaderamente democrático, exige la *auto-*

gestión responsable desde su base popular. Cuando el Estado se desarraiga del pueblo constituyéndose en una entidad independiente del mismo, automáticamente se transforma en un poder despótico que tiraniza al pueblo primero y le envilece después, y contra el que, por consiguiente, resulta legítima cualquier forma de desobediencia civil.

Hoy más que nunca afirmamos que el Estado no tiene sentido constitucional cuando no expresa la voluntad popular, a la que debe someterse. A su vez la voluntad popular se expresa mediante la socialización, la participación, la autogestión.

A pesar de todo, para nosotros la voluntad popular tampoco puede ser dogma. La voz del pueblo no es voz de Dios. A veces en favor del pueblo habrá que cantarle las cuarenta.

Aunque lo ideal sería la desaparición del Estado en su forma actual porque no promueve la socialización, la participación, ni la autogestión, sin embargo mientras el Estado subsista (pues el Estado mínimo según el modelo neoliberal resultará lesivo para los más necesitados), mientras tanto sólo reconocemos al Estado si actúa *subsidiariamente*, es decir, ayudando al desarrollo de la sociedad civil allí donde ésta aún no llega: salud, vejez, enseñanza, bienes necesarios para el mantenimiento de la vida. Desmantelar ese mínimo para entregarlo al capitalismo liberal anestático sería como dictar sentencia contra los humildes.

La sociedad autogestionaria exige una estructura social compuesta por *comunidades organizadas* en las que cuantos las compongan participen activa y responsa-

blemente en la dirección y en la realización de la tarea común.

El último fin de la sociedad es la amistad y la convivencia pacífica, libre y justa –libre, igual y fraterna–. Pero no existe paz sino en la *justicia*. El orden no es un valor en sí mismo que haya de prevalecer a costa de todo lo demás. Sólo un orden justo tiene derecho a conservarse y ser defendido. El orden injusto carece de tal derecho. Alterar el injusto cuando va encaminado a la consecución del justo es no sólo legítimo sino una acción verdaderamente pacificadora.

En consecuencia, más que nunca, cuando el pueblo mismo está dormido y arrastra los vicios que él mismo denuncia, hay que recordar que todo poder radica en el pueblo, y que ninguna autoridad debería ser nunca legitimada como atributo caudillista, partidocrático u oligocrático, ni siquiera sancionado por las urnas, sino como un servicio a la comunidad conferido por la elección y ejercido siempre bajo un control efectivo del pueblo mismo.

Frente al riesgo permanente de corrupción, tanto en los gobernantes como en el pueblo mismo, es necesario establecer los mecanismos, en cada momento eficaces, para hacer realidad el control del poder en todos los ámbitos y niveles, no sólo mediante la periódica emisión del voto, sino por cauces de participación que supongan poder disponer de ese voto en cada momento. Más allá de estas inmediatas e ineludibles exigencias de control, la última y radical solución estará en un ser humano nuevo capaz de asumir *simultáneamente* una transformación estructural cualitativamente distinta. Esta es

para nosotros la cuestión siempre pendiente de la *revolución personalista y comunitaria*.

4) En un orden de prioridades nos situamos a la vez contra el gasto bélico y contra la existencia de los ejércitos, que son una de las raíces de la militarización de la cotidianidad y de nuestras propias inercias agresivas. Nos queremos antimilitaristas, antibelicistas y pacifistas, noviolentos activos. Objetamos contra la fiscalidad, contra la obligatoriedad del servicio militar, contra la cultura de las armas, frente a la que proponemos las armas de la cultura. Trabajamos en las escuelas por una infancia desarmada, crítica y activa hacia la no violencia subversiva frente al mal, porque el primer objetivo de la violencia es segar la vida.

5) No hay paz sin vida. Nuestro pacifismo es ecologista, pues tiende a fructificar la tierra allí donde la sociedad industrial la asola, y a dejar a las generaciones futuras en heredad un mundo renovadamente limpio y embellecido. Tal ecopacifismo no se reduce a una actitud regresiva y burocrática, sino que acepta el reto de humanizar la civilización tecnológica sin tener que renunciar por ello a sus éxitos. Tiene además una visión integral de la realidad, por lo que asume como propias todas las causas justas de la humanidad; no se encierra, pues, en evitar que tal o cual especie animal o vegetal se extinga. Por ello cualquier forma de terracentrismo o de zoologismo nada nos dice: no hay ecologismo sin personacentrismo, lo cual no concede al hombre derecho a la devastación.

6) Estamos, pues, en favor de la vida, que comienza desde el instante mismo de la fecundación. La vida del hombre es sagrada, por cualitativamente distinta del resto, y consideramos aberrante el pseudofeminismo que pide la occisión del no-nato; por eso también nos oponemos a la pena de muerte y a la eutanasia donde los débiles llevan la peor parte, y a la tortura y al genocidio por hambre, a todo lo que degrada o dificulta la vida.

Del lema «libertad, igualdad, fraternidad» lo primero es la fraternidad, la cual no es posible sin amar y valorar previamente la vida. Y sin fraternidad no cabe igualdad, y sin igualdad no cabe libertad. Por eso constituye una triple aspiración donde si falta alguna faltan todas; y se dice en singular, no en plural: no queremos las libertades burguesas sino la libertad, que es indivisible.

7) En el centro de nuestro discurso político situamos al hombre. Por política entendemos lo que hacemos todos todos los días, porque repercute en todos. Pero sustituir unas estructuras políticas por otras sin que ninguna tenga al hombre como centro conduce a resultados finalmente idénticos, tanto en lo que se llama «derecha» como en lo llamado «izquierda». Para nosotros, por el contrario, el hombre es un fin en sí mismo, y ante él no vale el lema de «el fin justifica los medios». Cualquier política desplegada al margen de esta convicción la tenemos por enemiga, pues nada es comparable en dignidad al ser humano. Mientras las cosas tienen precio, las personas ponen precio porque valen, de ahí que ellas sean la medida y lo mensurante, no lo medido.

8) Tampoco existen causas históricas autónomas al margen del hombre. Ningún tipo de dictadura justifica el sufrimiento de un solo inocente: ni las políticas –tanto en su versión descaradamente tiránica, como en la encubierta por «razones de Estado» o «de Progreso»–, ni las económicas, ni las científico-tecnológicas, ni las históricas, etc. Ingenierías genéticas, pseudomísticas totalitarias, Clubes de Ricos y calenturas hiperpersonales tendrán en el personalismo comunitario su peor enemigo, porque nada en este mundo se justifica a costa de las víctimas que pagan el precio.

9) El I. E. Mounier, así las cosas, se articula en tres niveles (en realidad cuatro) que se exigen mutuamente, por lo que abstraerlos sería mutilador.

Nivel uno: Nivel de *presencia testimonial*, de acción transformadora entre los humildes. No se trata de creerse salvadores, sino de realizar una opción por la austeridad, al mismo tiempo que avanzamos en la opción por la causa de los empobrecidos, sabiendo que la pobreza es un mal evitable.

Nivel dos: Nivel de la *reflexión* y del estudio, de la elaboración de una teoría sólida y contrastada con la vida que ayude a salir del caos y de la indefinición espiritual en que se debate nuestro fin de milenio. Aquel nivel uno de la presencia testimonial en las grietas del sistema se quedaría en poco a medio y largo plazo, sin la capacidad crítica y de contrapropuesta.

Nivel tres: Nivel de la *presencia institucional*, tendente a articular en la medida de lo posible una presencia institucional, desde los niveles más modestos (asocia-

ciones de barrio, sindicatos, etc) hasta los más elevados (partidos, etc) si cabe. Será expresión real cuando el Instituto vaya funcionando; de no producirse será que el Instituto se mira autocomplacido pero insensible en última instancia a lo que pasa en sociedad.

Nivel cuatro: O metanivel, o nivel cero, cero a la izquierda si se quiere, porque no se «contabiliza», ya que es gratuito, pero no superfluo, el de la conversión del corazón, que cada cual deberá tratar de examinar.

10) Hemos sido fecundados como políticos en la matriz de lo ético, y por ello al decir política decimos también moral, hombre político es hombre moral. La política contra la moral o sin ella es, en nombre del realismo, una de las más ponzoñosas causas antipersonales. Frente a esto queremos retomar la primacía de lo espiritual, patrimonio secular de la izquierda antigua. Sólo es profundamente de izquierdas, y así nos queremos nosotros, quien se comporta de modo permanentemente ético. Ser ético no es quedar al margen del error o de la duda, ni siquiera ser mejor: es orientar la vida de otro modo. Y si nos reclamamos éticamente de izquierdas tampoco nos preocupa demasiado la localización topográfica, pues a la vista del abuso actual, en que una misma crisis de moral arrastra a las derechas y a las izquierdas en el poder, y dada la creciente aminoración de sus mutuas diferencias, preferiríamos evitar la taxonomía al uso. Dicho de modo claro: más vale no ser de izquierdas ni por el forro si para serlo hay que parecerse a la socialdemocracia en ejercicio.

11) Por esta no adecuación a los moldes al uso siempre seremos extranjeros incluso allí donde más querida resulte nuestra opción. Frente al pragmatismo utilitarista de la partitocracia actual pareceremos demasiado utópico-angelicales-ingenuos-ignorantes; frente al apoliticismo bienpensante y satisfecho pareceremos demasiado vulgares-«iguales que todos»-«interesados en la conquista del poder». Ante nosotros, que somos de militancia única, tendremos de continuo un doble frente, y no es fácil pensar en que pueda ser de otro modo. Para decir lo que queremos nos veremospreciados a negar lo que no queremos; a veces incluso hasta las afirmaciones comunes tendrán una orientación de ultimidad muy diferenciadora. Es tan grande y cotidiano el corazón del desorden establecido, que antes de pensar en ínsulas de felicidad habremos de bregar dejándonos la piel corriente arriba. La tarea es larga y exige convicción y paciencia.

12) Pero no basta (ni siquiera es necesario) tener un carnet para considerarse político; lo de menos es la cuota al día, pues no se tiene un corazón político si no se posee un alma y una cultura políticas, a falta de lo cual se producen los consabidos doctrinarismos. Estas serían las líneas maestras de una cultura política de resistencia y de insistencia, desde la convicción de que lo que se hace sin formar una mentalidad carece de sentido: pasión por el saber en todas sus manifestaciones, tanto teóricas como prácticas o artísticas; amor por la lectura, la tertulia, la confrontación dialéctica, el debate ideológico al hilo de los días; vivencia de la mú-

sica y de las artes plásticas como vehículo de expresión y experiencia de lo inefable con la palabra; convicción del valor de lo bello; orgía de creatividad; cultivo de la expresión lingüística y de la originalidad en la construcción, etc.

13) Una identidad cultural personalista no podría jamás prescindir de la dimensión crítica en un mundo más y más manipulado. Busca con amor lo que hace progresar en la medida del ser y no en la medida del tener. Por eso una vida así orientada será generosa más que egoísta; solidaria más que egocéntrica; ascética más que epicúrea; axiológica antes que nihilista; abierta al Misterio y no inmanentista; crítica y no agotada en sus propias palabras (para no hacer nada después de todo), sino orientada hacia un compromiso de acción.

14) Cualquier identidad político-cultural conlleva una mística; para nosotros valen estas palabras de Péguy todavía al respecto: «Mística republicana la había cuando se daba la vida por la República, política republicana la hay ahora que se vive de ella». ¡Y como se vive ya! Aquella mística de Péguy era la de los pobres de la Tierra, y sabe que la liberación de los últimos es cosa de los últimos mismos, conscientes de padecer tanto la explotación como la opresión y de no quererla para nadie. Es, pues, una mística del Sur: el Sur como lugar de mística, fuente de política y fuerza de cultura. Tal fuerza se alimenta de mucho trabajo, mucho estudio, mucha reflexión. A veces tendremos la sensación de hacer el primo trabajando para el hermano, gratis y a destajo. Cuando los demás

se van a casa con los honores nosotros seguimos caminando. Hará falta valor para afrontar este camino infinito.

15) No es la ética del resultado, sino la de la convicción, lo que nos mueve. Su máximo enemigo será siempre la odiosa comparación. No importará tanto el éxito como la presencia. Precisamente por eso tendrá por detestable ñoñería el purismo absoluto, con mucha frecuencia enemigo de la pureza, y el impurismo de anchas tragaderas, albergue de los fanáticos de la vulgaridad. Una ética del testimonio político habrá de mostrar cuán compatible es lo mejor y lo bueno, el fin y los medios, el maximalismo y el minimalismo. No rechazará los buenos resultados, pero no los buscará a cualquier precio.

16) Desde esta voluntad de presencia buscaremos a todos los que puedan caminar con nosotros. Pero no esperaremos a que vengan, iremos nosotros hacia ellos, y lo propio haremos con cada persona. Somos, pues, acérrimos de la categoría de encuentro, de la decidida vocación de aglutinación, comunión o confederación. Nos repugnan los grupos de sectas, las políticas de campanario, las insidias de camarilla, los reinos de taifas y las sociedades de Narcisos. Sabemos que el mal aísla y divide.

17) Decir que el mal divide no es un lujo de biempensantes ni una moda, antes al contrario, el mal está ahí con su obstinada fealdad golpeante, no erradicado por el progreso, a veces incluso por él multiplicado. Y si nuestra causa consiste en hacer el bien y evitar el mal, tenemos

que abriremos al Bien como posibilidad: quien quiere se abre al Bien, pues la religión es la afirmación del Absoluto-Dios presencializado en la vida humana, es decir, la afirmación absoluta del hombre a la luz de Dios. Una religión al margen de lo humano o inculta estaría vacía; a su vez toda cultura implica una actividad religiosa, quizás no siempre en sus tareas materiales inmediatas, pero sí en su intencionalidad y fundamentación últimas. Según ello, una concepción de la existencia humana que se despidе del Absoluto corre el riesgo de pactar con lo fáctico. Sin el reconocimiento de lo divino se oscurece el reconocimiento de lo humano. Los hombres son fin en sí, no el final de sí mismos. Y ésto, sin confesionalismos.

18) Nadie da lo que no tiene, y no se puede hacer un esfuerzo transformador grande si el interior de uno está demasiado dañado. Sin ser persona la política irá derecha a la corrupción. Por el personalismo recaba a la vez la transformación del interior humano y de las estructuras ambientales: la revolución será personal o no será; simultáneamente, será socioeconómica o no será, y olvidar esto sería hacer el tonto por angelismo. Hay que reconciliar –decía Mounier– a Kierkegaard y a Marx, lo religioso y lo sociológico, tarea inédita para todo el pensamiento filosófico desde hace más de un siglo.

19) Este nuestro programa se precipitaría en el voluntarismo del quiero y no puedo si no diese razón de su esperanza. Ésta se alimenta del reconocimiento del carácter misterioso y gratuito de la existencia, que

nadie en este mundo se debe a sí mismo. Lo mejor de lo real nos ha sido conferido sin nuestro concurso, y gratis. A esta misteriosa donación originaria respondemos con nuestro agradecimiento, por ello nos sentimos llamados a multiplicar lo que teniendo valor no tiene precio, a encajar el mal sin devolverlo, y a mostrar operativamente que el bien es más fuerte que el mal.

20) La gratuidad es la sencillez y no exige la «supermanía-superwomanía», sino que pide los momentos de diástole, de reparación, de descanso. Sólo trabajaremos para lo eterno el día en que asimismo dejemos que lo eterno trabaje en nosotros para nosotros. Y a tal efecto, sin el debido retiro y sin el necesario descanso, una vida tensa desquicia, y termina por hacer de la supuesta palabra profética rabietta, muletilla, posse o incluso odio: falsos profetas sólo toleran junto a sí fanáticos y sólo propician escisiones contra los disidentes. Conocemos tales fariseísmos dentro y fuera de nosotros, y sabemos bien que es un camino cortado, un callejón sin salida.

21) Quisiéramos también conjugar la magnitud de nuestro deseo con el reconocimiento de su pequeñez e irrelevancia. Para que lo pequeño pueda ser tomado algún día por hermoso hace falta mucha madurez política y humana. Podríamos decir incluso que la esperanza es la virtud de lo pequeño, pues sólo ella sabe confiar en su ulterior crecimiento, viendo en lo que apenas apunta lo que será luego frondoso. Pequeños en lo grande y grandes en lo pequeño, sabremos así

dar en nuestro pecho entrada a esa indisoluble unidad de microcosmos y macrocosmos que somos cada uno. Grande es, deberíamos creer, quien ve la playa debajo del asfalto; pequeño es (pero ahora tirando a ridículo) quien oculta la gran luna tras su dedo regordete.

22) Sin momentos o períodos de fecunda soledad no habrá grandes momentos de acción, pues no es bueno moverse a remolque dependiendo del ajeno liderazgo. O crecemos cada uno desde la interioridad inimitable del propio carisma, o acabaremos imitando al hoy líder, mañana borreguero.

23) Pero todos estos valores se quedan en poco cuando no se viven desde la amistad. Me reconozco en lo profundo del otro cuando me sitúo en simpatía con él, cuando hago un esfuerzo de descentramiento, cuando procuro ponerme en su perspectiva. Desde aquí es desde donde cabe esperar una reprobación propositiva, una corrección fraterna. Pues mientras las teorías o las filosofías dividen, sólo une lo nacido en el suelo nutricio de la fidelidad amistosa. Quien en política pierde la amistad pierde la razón de ser, y aun el ser de su razón. Sin la amistad, todo lunar se convierte en mancha y toda mancha en chivo expiatorio.

24) Amistad y magisterio son lo mismo. Nos reclamamos por ello miembros de un colectivo de educadores-educandos, porque preexiste en cada uno de nosotros

tanto la necesidad de enseñar como la de ser enseñados. Nuestra era, tan abundante en aulas como carente de maestros, ha de aprender a enseñar de otro modo, sustituyendo el magisterio de la sospecha por el ministerio (servicio) de la ingenuidad, que consiste en creer lo que se dice, decir lo que se cree, y hacer lo que se cree y se dice. Precisamos a la altura del milenio que concluye rehacer el renacimiento de las escuelas desde la voluntad del magisterio como servicio en pluralidad y libertad.

25) No existe estupidez que de algún modo no nos sea imputable, ni desorden alguno del que podamos vernos distantes. A veces somos como aquél que se metió en el río para huir de la lluvia; otras, en vez de confesar nuestra ignorancia, pensamos que por ir de fracaso en fracaso estamos cada vez más cerca de la sabiduría final; en ocasiones, al efecto engañoso de las pseudodisidencias añadimos el de nuestra hipercrítica, a la que tan dada es la Absurdia de nuestra clientela ultraizquierdista. En otras, pretendiendo hablar en nombre del hombre nuevo seguimos siendo en el fondo hombres viejos. Tenemos pues que estar vigilantes si no queremos la mera nostalgia. Sumergidos en la nulidad ambiental expuestos al coma intelectual, podemos recalar finalmente en la egocracia, en el enyosamiento que nos compartimenta en pedazos pequeñoburgueses.

26) Loado sea el Hermano Humor.